

Desde Washington

Los Años del Cangrejo

POR LORENZO MEYER

EN el calendario chino cada año se encuentra identificado con un animal: el caballo, el perro, etcétera. Creo que nos sería útil adoptar la costumbre china para elaborar un calendario político-histórico, lleno de significado, que ayudara a identificar, de golpe, la esencia de todo un periodo, que en nuestro caso no sería un año sino un sexenio. Así, por ejemplo, se podría hablar del sexenio del tigre, o de la rata o de cualquier otra criatura del reino animal.

El calendario en cuestión no sólo serviría para propósitos de clasificación de la memoria colectiva, sino que quizá tuviera efectos cívicos muy positivos. Tras su adopción, nuestros líderes sexenales harían hasta lo imposible porque sus acciones los identificaran con cierto tipo de animales —el león o el zorro, para citar sólo dos ejemplos clásicos— pero no con otros —la culebra, la rata o el zorrillo, por decir algo—. En fin, sería un estímulo moral para los buenos gobernantes y un justo castigo para los otros.

En realidad no estoy proponiendo nada nuevo, simplemente sugiero la conveniencia de utilizar e institucionalizar algo que, de hecho, ya se está dando. Es mi impresión que el sexenio pasado, para citar sólo un ejemplo cercano, ya ha quedado identificado en la mente colectiva con un animalito gris, de dientes fuertes y larga cola, que causa muchos daños ahí donde hay un cierto tipo de riqueza acumulada, como es el caso de las bodégas, los silos e incluso en las alacenas de los hogares... y además, transmite enfermedades.

El sexenio pasado, no es problema; lo que nos debe poner a pensar es el actual. Es verdad que, por elemental justicia, debemos esperar hasta que concluya para darle nombre, pero también lo es que ya lleva recorrido casi la mitad del camino y que conviene ir explorando las posibilidades, para evitar las improvisaciones de última hora. En mi opinión —que conste que es una simple opinión, y que puede estar equivocada— un buen candidato es el cangrejo por su notable empeño en caminar hacia atrás.

★

SUPONGO que es por la fuerza de las circunstancias y no por voca-

ción que nuestra actual élite política ha decidido desandar algunos caminos, pero de que los ha empezado a desandar no hay duda. Los ejemplos son varios. Ahí está, para no ir más lejos, la reforma política. Por más optimista que sea el observador, no podrá afirmar que las prácticas electorales de este sexenio han abierto un mayor espacio para que nuestra vida partidaria se aleje del autoritarismo y se acerque a la auténtica democracia, a ésa que conocemos en teoría pero que nunca la hemos experimentado en la práctica. Pero dejemos esta discusión para mejor

oportunidad. Desde acá afuera, en particular desde Washington, donde se ve que vamos para atrás es en la naturaleza de nuestra relación con Estados Unidos.

Una de las promesas más constantes de la Revolución —particularmente después de que la política de Carranza sentó las bases y dio el ejemplo— fue la de construir una economía que nos permitiera contar con una base material de relativa independencia frente a Estados Unidos. Una de las acusaciones más duras contra Porfirio Díaz, por parte de los revolucionarios y sus herederos, fue justamente que su política hacia la inversión extranjera y las exportaciones había redundado en una gran dependencia respecto a nuestro poderoso vecino del norte. El mismo Miguel Alemán justificó su política de mucha acumulación de capital y poca redistribución, como un sacrificio necesario para que las futuras generaciones de México pudieran contar con una economía fuerte, base imprescindible para una vida colectiva soberana e independiente. Si algo justificó la protección de la industria mexicana que surgió a partir de la II Guerra Mundial, fue la idea de que el "crecimiento hacia adentro", promovido por la sustitución de importaciones, daba a México una cierta independencia respecto del mercado mundial, en el entendido de que para nosotros "mercado mundial" significa, en realidad, el mercado estadounidense.

★

EL costo de la industrialización mexicana fue muy alto en términos sociales. En aras de tal proceso se aceptaron productos de mala cali-

dad y alto precio, se controló a los sindicatos, se exprimió al campo y al campesino hasta dejarlos casi secos, se favoreció una política fiscal que daba más a quien más tenía y viceversa; para aligerar costos al industrial, se le subsidió el combustible, el transporte y se le permitió alterar de manera criminal la ecología. La lista puede seguir pero no es necesario. Lo que importa es que a partir de la crisis de 1982 se descubrió que tal modelo de crecimiento estaba equivocado, que en gran medida los sacrificios habían sido inútiles y el tiempo perdido, que hay que desandar lo andado, que una buena parte de nuestra industria tiene que morir. Lo que ahora se propone como nueva meta es crecer a base de las exportaciones, como en el porfiriato. Debemos vender al exterior todo cuanto podamos para pagar lo que debemos y conseguir nuevas divisas; hay que vender nuestros recursos no renovables —el petróleo— y todo lo que produzca una mano de obra numerosa, no muy especializada y relativamente mal pagada. De esta manera, y si mejoramos el control de calidad y salvamos las barreras proteccionistas estadounidenses, para el año

SIGUE EN LA PAGINA OCHO